

Crónica negra de San Mamés

Aunque se ha ganado un prestigio por su señorío y saber estar, el estadio rojiblanco ha vivido también algunos escándalos inolvidables

■ JON AGIRIANO

Si es inevitable que el mejor escribano haga un borrón también lo es que, en un estadio donde siempre se ha alardeado de señorío y buenas maneras, se produzcan a veces situaciones lamentables. San Mamés no se libra de ello. Como todos los grandes escenarios, La Catedral también tiene su particular crónica negra. Apenas un puñado de escándalos a lo largo de cien años, pero sería injusto desdenarlos. Y no sólo porque forman parte de la historia del club sino porque todos ellos se recuerdan vivamente, lo cual no deja de tener su lógica. Y es que, de la misma manera que un señor serio y cumplidor recuerda aquel día extraordinario en que se lió la manta a la cabeza y acabó a trompadas en un tugurio de señoritas incitantes con mucha más precisión que los miles y miles de días normales

de su vida intachable, la hinchada rojiblanca nunca ha dejado de tener presentes las grandes broncas que se han vivido en San Mamés. Es difícil precisar cuál fue la primera de ellas, pero no sería muy inexacto situarla el 3 de enero de 1954, fecha del amistoso que enfrentó al Athletic con el Independiente de Avellaneda. Antes de esa fecha, San Mamés vivió algunos ambientes muy tensos. A la Real, por ejemplo, se le recibió con una enorme inquina durante años a raíz de los sucesos acaecidos en el derbi del año 1918, cuando varios jugadores rojiblancos resultaron heridos tras ser apaleados y apedreados por la hinchada realista en Atocha. Pero la cosa nunca pasó de ahí, de sonoras pitadas, insultos y algunos tumultos en las gradas, sobre todo durante los partidos del campeonato Regional.

Para encontrar un zafarrancho de verdad hay que ir, como

decíamos, a la visita de Independiente. Como todos aquellos grandes amistosos que se jugaban en fechas navideñas, el partido generó una enorme expectación en Bilbao. Pese al frío, San Mamés se llenó. Había una gran curiosidad por ver a los argentinos y, en especial, a su gran estrella, Ernesto Grillo, un héroe nacional en su país desde que, un año antes, el 14 de mayo de 1953, marcara un gol increíble que abrió a su selección el camino hacia la primera victoria de su historia frente a Inglaterra. Por supuesto, nadie podía esperar el tremendo quilombo que se armó. El partido era fuerte e intenso. Los rojiblancos ganaban 2-1 cuando, en el minuto 42, dos defensas de Independiente cargaron con mucha fuerza contra un rival. Mazagatos, el 'referee', pitó libre indirecto. Grillo se dirigió a él y le insultó. El árbitro le expulsó y el capitán de Independiente se fue a por

él y le agredió. Mazagatos, según un cronista de la época, «hubo de defenderse con virilidad». De inmediato, todos los argentinos se fueron a por el colegiado. La tangana fue de tal calibre que no sólo acabaron peleando los jugadores entre sí sino que el público saltó al césped a defender a los suyos, entre ellos a Mazagatos y a sus linieras. Uno de ellos recibió un puñetazo en toda la cara por parte de Varacca, que también fue expulsado.

Emilio Guruceta

Los dos equipos y el trío arbitral acabaron retirándose a vestuarios en la confianza de que las cosas se calmaran durante el descanso. Los argentinos, sin embargo, habían decidido no volver al terreno de juego. Su delegado, el señor Gандolfo, le expuso al presidente del Athletic las tres condiciones que harían posible su regreso al campo: que perdonase a los dos expulsados, de no ser así

que les permitiera sustituirlos por otros dos compañeros o, en último término, que expulsara también a dos jugadores del Athletic. «¿No tienen influencia en el 'referee' para conseguir esto?», le preguntó a Guzmán, que no salía de su asombro. Parecía imposible arreglar el asunto y la cosa se puso muy fea. El riesgo de graves desórdenes públicos en caso de suspensión hizo reaccionar a Jenaro Riestra, el gobernador civil. «Diganles que, si no salen al campo, les meto a todos a la cárcel», dicen que dijo. Es de suponer que los argentinos pidieron información sobre el autor de dicha amenaza y cuando se enteraron de que, pese a su cargo, Riestra no dejaba de ser un pistolero fascista asturiano más bruto que un arado, decidieron volver a jugar, aunque fueran con más de media hora de retraso.

En los sesenta no se produjeron grandes líos. Hubo algu-

nas broncas importantes, sobre todo cuando estaba de por medio el árbitro navarro Daniel Zarquiegui, que la armanaba en casi todas sus visitas a La Catedral. Al trencilla navarro le sustituyó en el altar de los personajes odiados Emilio Guruceta, quizás el hombre que más ha sacado de quicio a San Mamés. El árbitro guipuzcoano la armó parda por primera vez el 27 de octubre de 1976, en una eliminatoria de Copa entre el Bilbao Athletic, que contaba entonces con un buen surtido de promesas (Argote, Sola, De Andrés, Purroy o Agirreoa, por ejemplo), y Las Palmas. A los 9 minutos, Guruceta dejó sin señalar un clarísimo derribo de Carnevali a Egusquizaga. Lo peor de todo, sin embargo, llegó en el minuto 90 cuando miró para otro lado después de que un defensa insular rechazara el balón con la mano. La lluvia de almohadillas fue histórica. El árbitro tuvo que pasarse más



Incidentes para olvidar. Desde la invasión de 1986 no se repiten sucesos graves en el estadio

La invasión de campo de 1986 supuso el primer cierre de La Catedral